

Luisa Fernanda Cuéllar

UN ENCUENTRO EN NUEVA YORK



Ediciones Canto y Cuento

Luisa Fernanda Cuéllar

UN ENCUENTRO
EN NUEVA YORK



Ediciones Canto y Cuento

©Luisa Fernanda Cuéllar Vázquez
©2012 Ediciones Canto y Cuento
C/ Cruces, 3- 3ºD
11403 Jerez (Cádiz)
edicionescantoycuento@josemateos.es
www.edicionescantoycuento.josemateos.es
ISBN:978-84-616-0631-3
Depósito legal:CA-368-2012

I

“¡ESTOY cansada!”, repetía Matilde de cuando en cuando sin que nadie la escuchara. Habían pasado tantos años desde la última vez que se había acordado de sí misma, que ya ni se reconocía cuando se veía en el espejo.

Sus hijos habían crecido. Ya no eran los niños de rostros angelicales que cuidó con amor y esmero. Ahora, sus barbas le daban pinchacitos en la mejilla cuando se acercaban a darle un beso.

Un día se sentó en el salón y pausadamente dijo a sus hijos:

–Tenemos un problema. Estoy cansada.

Ellos la miraron extrañados. Pensaron que se trataba de una broma. Pero en la expresión de Matilde adivinaron que aquello iba en serio.

El semblante de los chicos se tornó más grave. Matilde siguió diciendo:

–Ya sois adultos y podéis haceros cargo de vuestras vidas sin que yo me siga machacando.

Cerró los ojos y recostó la cabeza en uno de los cojines bordados del salón. Entonces, empezó a recordar.

II

POCO a poco, Matilde fue haciendo montoncitos de recuerdos. Incluso pensó en sembrar alguno, ponerlo en una maceta y sacarlo al balcón. Pero decidió no hacerlo. Temió que el viento traicionero lo divulgara. Así que los guardó en el primer cajón de la cómoda, entre sus pañuelos de seda.

—Luego —se dijo—, los iré clasificando con calma.

Por las tardes, elegía alguno. Lo mantenía cálido entre sus manos y lo volvía a guardar. Creía que así se curaría de sí misma. Que sanarían las heridas del desconsuelo y se borrarían las arrugas de la añoranza.

Un día, mientras el sol se ponía frente al ventanal del salón, Matilde recordó su primer parto. Dio a luz a las cinco de la tarde. A las cinco en punto el médico puso sobre su pecho un niño con el rostro amoratado.

—¿Tanto te ha costado llegar hasta aquí? —le preguntó ella mientras acariciaba el pelo encrespado del recién nacido.

Desde entonces, nunca se separó de él. Lo tuvo como una

parte de sí misma. Cerca. Muy cerca. Tanto, que cuando el crío empezó a ir al colegio, a Matilde le dio frío en los muslos, pues siempre lo tenía ahí sentado.

Aquél parto le cambió la vida. Aún no sabe cómo, pero nunca volvió a ser la misma. Se dedicó a amarlo.

Ahora, que el niño ya es un hombre, Matilde tiene que echar mano de una mantita de lana para calentarse los muslos.

III

YA hacía tiempo que a Matilde se le empezaban a olvidar las cosas. Tenía que anotarlo todo. Y sentía miedo. Miedo a depender de otros. A perderse como se pierde una gota dentro de un vaso con agua.

Se había vuelto a cortar el pelo. Cortísimo. Lo hacía cada vez que se sentía intranquila. Como si quisiera cortar de raíz lo pasado y permitir que le crecieran nuevas ideas. Con los años, se había acostumbrado a aquellas podas en su cabeza.

Le gustaba ver como caía su cabello mientras se lo cortaban. Mechón tras mechón se deslizaban hacia el suelo los episodios grises de la temporada. Cada tijeretazo era un aliento nuevo.

Bajo el pelo oscuro, las tijeras dejaron al descubierto abundantes cabellos blancos. Trozos de inviernos acumulados que le salieron al encuentro con una sonrisa compasiva.

Matilde les sonrió también. Pero no supo qué decirles.

IV

LLEGAR a los sesenta –pensó– es como empezar a volver. Seguramente porque la vida necesita ser recordada para ser comprendida. De lo contrario, la muerte nos puede sorprender sin haber entendido qué ha sido de nosotros. Nos iríamos al otro mundo sin saber exactamente qué cuentas vamos a rendir. Y si se traspapelan los registros –porque estafadores los hay en todas partes– nos pueden dar gato por liebre y decir que no hemos hecho nada. Más vale prevenir.

–Menos mal que tengo a buen resguardo todos mis recuerdos –afirmó–. Si no, ¿qué sería de mí? Iría por ahí como una huérfana, sin historias que contar y sin experiencias en la cuenta bancaria.

–Y no es así –se dijo a sí misma.

Su mirada se detuvo en el cajón. Vio como algunos recuerdos pujaban por salir para recostarse en el papel blanco que tenía frente a ella.

–No es así –enfaticó.

V

MATILDE necesitaba descansar. Y para lograrlo, tuvo que aprender a perder el tiempo. Al principio no sabía qué hacer con él. Pero descubrió que el tiempo es tan maleable, que a la menor insinuación se convierte en una copa de vino, en una creación o en un arrebato.

Una vez que lo supo, volvió al cajón de los recuerdos. Eligió el de la primera vez que la llevaron al circo. Era una carpa enorme con rayas rojas y blancas. La pista estaba cubierta de arena del color del albero. Había mucha gente. Ella se sentó entre su madre y su tía.

Cuando sonaron las fanfarrias empezó el desfile de los artistas. Todos saludaban al público. Iban vestidos con trajes brillantes. A Matilde la invadió una emoción desconocida que estuvo a punto de elevarla como un globo. Para evitarlo tuvo que tragársela. Pero ésta era tan grande que se le atoró en la garganta. Entonces tosió y tosió. Hasta que le rodaron lágrimas.

Era muy pequeña. Pero enseguida decidió que quería ser trapecista. Desde entonces supo que le gustaba el riesgo. Y que su vida correría junto al filo de los más elevados acantilados.

Luego fue cambiando de opinión. Pero el riesgo siempre estuvo presente en sus preferencias. Sin embargo, terminó dedicándose a la profesión más difícil: vivir sin avergonzarse de sus limitaciones y sin culparse de sus decisiones.